

MISTERIO DEL ACUEDUCTO DE SEGOVIA

Vicisitudes y datación

Dominica Contreras López De Ayala

© Dominica Contreras López De Ayala, 2023

© Editorial Almuzara, S.L., 2023

Primera edición: noviembre de 2023

ALMUZARAUNIVERSIDAD

almuzarauniversidad@almuzaralibros.com

Directora: María Crespo

Diseño y maquetación: Ostraca Servicios editoriales

© Imagen de la cubierta: Acueducto de Segovia | Mario Antón Lobo

www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Imprime: Podiprint

ISBN: 978-84-11319-15-7

Depósito Legal: CO-1396-2023

Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Editorial Almuzara

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Índice

Presentación.....	13
Prólogo.....	15
Canto a la perseverancia.....	19
Proemio	21
Excavaciones	37
Estilo	51
Epigrafía	85
<i>Civitas</i>	115
¿Arquitectos?	121
Protector	125
Bibliografía.....	133

A Tito Flavio Vespasiano

Tengo la esperanza de que estos trabajos contribuyan a revelar “el secreto del Acueducto” que inspiró a Ramón tan bellas páginas*

Marqués de Lozoya

* Se refiere a los trabajos de restauración del último arco del Acueducto en 1970 y a Ramón Gómez de la Serna, autor de la novela El Secreto del Acueducto.

¿Qué alarife trazó tu gracia altiva?...
¿Qué brazos dieron a tus piedras vuelo?...
¿Qué luz, no usada, se encendió en el cielo
para tu ilustre sombra pensativa?...
Ceniza en vilo, plenitud cautiva,
minuto exacto en el reló de hielo
¿Cuántas lunas midieron el desvelo
de eternidad en tu cartela esquiva?
¿Qué soneto en catorce primaveras
te floreció en palomas?...
¿Qué armonía se ha rizado en tu cauce sin riberas?...
Yedra del viento, soledad vacía,
sepulcro intacto de la sed... ¿Qué esperas
apoyado en el tiempo todavía?

Luís Martín García Marcos

PRESENTACIÓN

Resulta sumamente gratificante para mi poder plasmar unas líneas en un nuevo libro firmado por Dominica Contreras sobre el Acueducto de Segovia, el emblema de la ciudad, sobre el que la autora trata de arrojar un poco más de luz y resolver alguno de sus muchos misterios.

La autora profundiza esta vez en dos interrogantes que han acompañado a los observadores durante siglos. Por una parte, la fecha de su construcción, que -ya en su separata publicada en 1995 por la Universidad SEK- situó en la época Flavia, intuición luego confirmada por los estudios firmados por Géza Alföldy, el húngaro que se subió a leer la cartela a través de las huellas que las letras romanas dejaron sobre la piedra: hablamos de la segunda mitad del siglo I, lo que ha “rejuvenecido” varias décadas la puente romana respecto a lo que se pensaba.

Por otra, los motivos por los que tamaña obra se levantó en una población que no era grande, en la que no residían grandes personajes de la época y que no tenía una importancia administrativa relevante. Apunta la autora que, aprovechando la función principal de servir agua a la población, los romanos quisieron demostrar con la magnífica construcción la fuerza y el poder del imperio. Si esa era la misión, el resultado fue un rotundo éxito, lo ha sido durante casi 2.000 años. Lo será durante muchos más en los que generaciones enteras observarán boquiabiertos la impactante muestra de ingeniería que estamos obligados a conservar con mimo y dedicación irrenunciables.

Dominica Contreras ha empeñado gran parte de su ingente actividad investigadora al estudio de nuestra más preciada joya y, por extensión, de todo el conjunto histórico artístico de Segovia. Aunque en esto no cabe hablar en pasado porque está claro que este empeño tiene carácter vital y sé con seguridad que nunca parará.

La autora forma parte de ese grupo de personas que encabezaron su propio padre, Juan de Contreras y su primo, Felipe de Peñalosa, que llevan décadas peleando por preservar los valores históricos, monumentales y paisajísticos desde planteamientos conservacionistas y muy cuidadosos con el patrimonio cultural, no siempre bien comprendidos. La memoria nos lleva a aquellos tiempos en los que sólo unos “locos” clamaban por la supresión del tráfico bajo el Acueducto, mucho antes de la acertada decisión de hacerlo del alcalde, Ramón Escobar.

Nuestra bienvenida y agradecimiento a Dominica Contreras por esta nueva entrega de su obra de estudio minucioso del Acueducto de Segovia, otro imprescindible en las bibliotecas de los segovianos.

José Mazarías Pérez
Alcalde de Segovia

PRÓLOGO

Hace casi trece años, a primera hora de la mañana de un 25 de septiembre del año 2010, andando sin prisas, crucé bajo el acueducto de Segovia y en una popular terraza situada a sus pies me encontré con mi amigo y maestro el Prof. Géza Alföldy, que aún disponía de un par de horas antes de acudir a la sede de la universidad segoviana para recibir la Medalla de oro de la misma. Géza tomaba su café con la mirada perdida en el acueducto, en esa mole de la mejor arquitectura romana, que le había arrastrado a la que él llamaba la mayor “aventura epigráfica” de su vida, la que le llevó en 1992 con Peter Witte a la plataforma de una grúa a veinte metros de altura para documentar las huellas de aquella inscripción romana que tanto se había resistido a ser leída.

Al tener en mis manos esta versión ampliada del libro de Dominica Contreras, me han venido a la mente las páginas que Peter Witte, el otro protagonista de aquella “aventura”, dedicó al monumento en sus memorias de viajes por España (*Las aceitunas de Doña María. 35 años de viajes por la arqueología ibérica*, Zaragoza 2020, 231-242). Géza, Peter, Dominica y tantos otros han quedado fascinados por la majestuosidad de una arquitectura tan austera como la del acueducto, que elevó una conducción de agua a la categoría de monumento.

Con razón habla Dominica de “Misterio”. Lo sigue siendo el motivo por el que un monumento de semejantes dimensiones vino a ocupar este espacio. Es evidente que la construcción de una conducción de agua era ineludible para asegurar la existencia de un centro urbano, entonces y ahora, pero nunca dejará de sorprendernos que se llevara a cabo una obra de tal calibre en una ciudad que no era una capital provincial o un centro administrativo conventual. Segovia no fue cuna de grandes familias de senadores romanos, ni de afamados miembros del orden equestre, tampoco sus hijos destacaron en la oratoria política en Roma y, sin embargo, la arquitectura pública que exhibía ante sus visitantes rivalizaba con los mejores elementos urbanos de las ciudades

que todo el mundo identificaba como las grandes ciudades del Imperio romano.

Es verdad que el acueducto tuvo una función básica, la de abastecer de agua a la población de Segovia, pero fue mucho más que eso. Al estar situado a la vista de quienes llegaban a la ciudad por esta parte, el monumento no sólo servía a los propios segovianos de aquel tiempo sino al fortalecimiento del poder romano en Hispania. El acueducto pregonaba fortaleza, disponibilidad de recursos, capacidad organizativa y liderazgo, de modo que definía sin vacilaciones los valores que Roma pregonaba para imponer su dominio territorial, político y económico en la península Ibérica. El acueducto fue una exhibición de poder por parte del Estado romano. Es difícil que nadie en la ciudad tuviera la capacidad económica para llevar a cabo semejante construcción, ni siquiera los magistrados que la administraran cuando se tomó la decisión de iniciar las obras. Por eso el texto habla del *iussum*, del mandato imperial, documentado epigráficamente en la restauración pero igual de imprescindible en la construcción inicial. Detrás de la obra, en época flavia durante la construcción y en tiempos de Trajano para la restauración, siempre estuvo la administración romana y su capacidad técnica y económica para llevar a cabo este tipo de construcciones. Lo mismo podemos decir de obras como el Puente de Alcántara o el faro o Torre de Hércules de A Coruña. En Segovia, como en esos casos, estamos viendo la demostración de la fortaleza romana, imparable e ilimitada cuando se trataba de movilizar recursos para las obras públicas.

Ese objetivo primordial, mostrar la fortaleza del poder romano, se alcanzó de tal manera que veinte siglos después seguimos esgrimiendo aquellos mismos ejemplos arquitectónicos para referirnos a la pujanza de aquel régimen político. El mensaje que trasmitía el acueducto a quienes lo contemplaban en el siglo I de nuestra Era sigue siendo el mismo en nuestro tiempo. La arquitectura majestuosa, la que excedía en sus dimensiones lo esperable o lo necesario, siempre estuvo cerca del poder político en la antigüedad y, sin ninguna dificultad, también podríamos encontrar ejemplos de ello en la geografía del mundo contemporáneo.

El acueducto de Segovia tiene una ventaja sobre otras obras colosales de la antigüedad hispana que han llegado a nuestros días: ha resistido el paso del tiempo con algunas pequeñas heridas pero preservando su integridad. No tuvo la misma suerte la Torre de Hércules, restaurada a finales del siglo XVIII cuando su estado amenazaba ruina, o el Puente de Alcántara, uno de cuyos arcos principales fue volado a comienzos del siglo XIX como parte de la estrategia militar en guerra.

También aventaja el acueducto a otros gigantes de la arquitectura hispánica por su inscripción y lo que ella significa. Las letras de bronce, doradas o no, que formaban el texto de la inscripción por los dos costados, hacían que esos veinte metros de altura resultaran insignificantes para un espectador que leyera aquel texto. Como si de un cartel luminoso se tratara, los nombres del emperador Trajano, que ordenó la restauración, y de los duunviros de la ciudad que la dirigieron, destacaban como lo haría cualquier metal pulido al incidir sobre él la luz del sol. Eran de cobre o de bronce, pero fueron conocidas en la antigüedad como “letras áureas” precisamente por eso, por la fuerza lumínica que daban a los textos. Pero ese tipo de escritura no se empleaba para cualquier epígrafe. Era una práctica reservada para los grandes espacios monumentales en los que, con mucha frecuencia, había que escribir el nombre del emperador en letras de gran tamaño para que todo el mundo las viera a distancia. Las “letras áureas” son parte de la escritura del poder, de la escritura asociada a una monumentalidad que pretende multiplicar su eficacia con esta práctica.

En otras palabras, el acueducto y su inscripción nacieron para ser vistos, para llamar la atención, para no pasar desapercibidos. De ahí que podamos considerarlos parte del programa político de época flavia y trajanea. Son una exhibición sin reparos del poder romano, de la fuerza con que Roma dirigía la historia de la península Ibérica en aquellas décadas.

Hablé muchas veces con Géza Alföldy del acueducto. Los dos fueron siempre una pareja inseparable; no se puede pensar en el uno sin el otro y Géza nunca tuvo en tanta estima ningún otro monumento hispano. Parte de ese valor del monumento residía en que había sido un gran laboratorio epigráfico para el estudio de este tipo de inscripciones. Ahí se encuentran las claves para entender otros textos similares en la península Ibérica y allí se pusieron en práctica métodos de trabajo que servirían también para el estudio de la inscripción del arco de Medinaceli diez años después. De hecho, en la localidad soriana se hizo todo con un procedimiento idéntico al desarrollado en Segovia en 1992. Como puede verse, el acueducto en su silencio, sólo con su presencia, sigue contribuyendo a nuestro conocimiento sobre la Hispania romana. Es el más vivo de todos los monumentos de su tipo y todavía nos ha de deparar sorpresas en el futuro.

Por eso es especialmente importante no olvidarse de él, no dejar de estudiarlo, de escudriñar cada una de sus facetas y a esa tarea contribuye el libro de Dominica Contreras al que sirve este prólogo. La

misma fascinación que ejerció sobre nuestros antepasados de hace dos mil años, o que ejerce sobre nosotros, seguirá viva en generaciones futuras. ¿Cuántos miles o millones de turistas pasarán bajo sus arcos en los próximos siglos? Su imagen quedará grabada en un ejército de teléfonos móviles y cámaras durante generaciones porque todos reaccionamos siempre de la misma manera en su presencia. ¿Quién se ha resistido a fotografiarlo al llegar a sus pies? Nadie.

Todos somos víctimas de esta arquitectura formidable que ejerce una atracción magnética sobre el espectador, sea cual sea su cercanía o lejanía profesional al acueducto y a sus “misterios”. No creo que nunca se revelen todos al completo. El libro de Dominica Contreras nos acerca a las claves de uno de ellos, el de su datación. Con ello, poco a poco vamos avanzando en el conocimiento de una arquitectura que pugna con nosotros por esconder todos sus secretos. Pero para ocultarlos tiene que exhibir su majestuosidad y confundirnos, porque muchas veces le hacemos preguntas que sólo tuvieron respuesta en la mente de aquellos emperadores que decidieron varar una construcción tan exquisita en la meseta castellana.

Juan Manuel Abascal

Catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Alicante

Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia

Académico Correspondiente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras

Miembro Correspondiente del Instituto Arqueológico Alemán